

DOS AÑOS DE ACCION SOCIALISTA

Nuevos factores de la democracia argentina

SR. PALACIOS.—Pido la palabra.

Están aquí, señor Presidente, los representantes socialistas en virtud de un acontecimiento que tendrá honda repercusión en el porvenir político de nuestro país.

Somos factores de un progreso serio en la vida de la democracia y de la nacionalidad argentina, y realizaremos la acción persistente con un intenso sentimiento de la responsabilidad que pesa sobre nosotros. Ha llegado la ocasión de definir con toda claridad el actual momento. No se trata, señores, de la obra de un hombre; son las fuerzas históricas que transforman la vida las que actúan, y contra ellas han de estrellarse, impotentes, los representantes del viejo régimen. *(Aplausos en la barra.)*

Nuestro triunfo significa el derrumbe total de los procedimientos subalternos que, en política, empleaba la clase gobernante; significa que el país ha sufrido una evolución que exige la diferenciación neta de los partidos, y que ya las camarillas no pueden regir sus destinos.

Somos una fuerza que surge del pueblo en una hora libre; que quiere traer el porvenir para reemplazar el presente y que opondrá una resistencia tenaz contra los misoneístas que pretendan traer el pasado, oponiendo diques a la civilización.

No hemos de precipitarnos, porque toda precipitación resultaría ineficaz ó contraproducente; pero afirmamos, con la más profunda convicción, que nuestro progreso no podrá ser neutralizado ni detenido con ardides de mala ley, porque el triunfo socialista marca definitivamente la desaparición de una mezquina y estrecha política de círculo, que debe sustituirse por otra más amplia, basada en la interpretación objetiva de los fenómenos, que resuelva los graves problemas económicos surgidos de las nuevas condiciones de hecho.

No desandaremos el camino después de haber abatido los comicios oligárquicos, yo espero que para siempre. Empezamos con un núcleo insignificante, y nuestra labor fué viril y entusiasta durante muchos años, en que las derrotas, que provocaban sonrisas irónicas á los gobernantes, constituían para nosotros un fuerte estímulo para nuevas luchas. Fuimos siempre, aun en pequeño, un partido orgánico, fuerte, lleno de bríos; no admitimos jamás, ni los admitiremos, predomios personales, y nos presentamos en la liza con un programa concreto, definido, coherente, cuya realización ha de transformar el país en beneficio de todos.

Y así, señores, obtuvimos el 30 de Marzo la consagración popular en el comicio, libre de toda mácula.

Somos, en la lucha política, la colectividad orgánica de los trabajadores, y nuestra misión es despertar en el pueblo la conciencia de sus necesidades históricas, obligando al mismo tiempo á los políticos á que concreten, como alguien dijo, en hechos las declaraciones, para que la fórmula teórica de la soberanía nacional y de la democracia adquieran un contenido más real y un valor más eficaz.

Y porque creo, señor Presidente, que la democracia no se realiza exclusivamente por la acción de una clase; porque sostengo que la colaboración de clases es compatible con la lucha de clases, pues se coordinan á veces los intereses más opuestos, yo entiendo que una de las consecuencias más simpáticas de nuestro triunfo ha de ser la constitución de agrupaciones que discutan intereses colectivos y traten de resolver las grandes cuestiones que agitan las sociedades modernas.

Nuestra política era mezquina. Lejos de marchar concordante con el movimiento económico, se cristalizaba; progresábamos sólo por la fuerza natural que encierra el organismo de la nación, y á pesar del desarreglo de nuestras finanzas, producido por el depilfarro y la desorientación más absoluta en materia impositiva de los seudopartidos. (*Aplausos en la barra.*)

Entramos, señor Presidente, en una nueva era, á la que corresponderá crear la condición de derecho que se adapte á la nueva condición de hecho. Y por eso sostengo que es este un gran momento histórico.

Á las turbulencias de nuestro país desorganizado, que nada han cambiado porque sólo afectaban la superficie de la sociedad, que más bien parecían espasmos de un organismo enfermo, sucede este movimiento, que es una verdadera revolución pacífica, que llega hasta la más honda estructura de nuestro organismo político.

El pueblo, dueño de su libertad, impone nuevas orientaciones, que es menester seguir; y por eso acabamos de ver á viejos políticos, que hasta ayer realizaban las más torpes maniobras electorales, que manejaban hombres como se manejan cosas y que gobernaban Estados como si fueran feudos, redactando programas y hablando de principios que siempre despreciaron.

¿Se trata de un ardid acaso? Todo será inútil, señores diputados, para contrarrestar la fuerza que avanza con empuje irresistible, no porque el presidente de la República haya declarado desde esa alta tribuna que no se pondrá nunca al frente de la regresión, sino porque no lo permitirá el pueblo, que ha usado de su libertad, que quiere verdaderos representantes, que está harto de la venalidad y del fraude oficialmente organizado, y que no parará mientes, hay que decirlo bien alto, ante las más grandes turbulencias, para hacer, esta vez, respetar sus derechos. (*Aplausos en la barra.*)

Yo sé que muchos conservadores, en presencia de nuestro triunfo, han sentido el miedo del constructor Solness, el famoso personaje ibseniano, que se resistía obstinadamente á abrir la puerta á la juventud que él presentía venir como un empuje en contra. Yo sé que para esos Solness nosotros somos la expiación, pero sé también que si ellos quieren subsistir, es necesario que se transformen y se adapten. La ley es inflexible: variar ó morir.

Nuestro triunfo ha dado la voz de alarma. ¿Que cada uno ocupe su puesto! ¡A formar y á numerarse ha de ser la consigna! Que se anime el espíritu político, que se agite la vida pública, que se constituyan partidos y que venga el adversario á la liza con un programa, á discutir ideas.

Ha de ser este un movimiento intenso, pacífico, pero perfectamente revolucionario, que obligue á intervenir á todos, aun á aquellos que estaban legítimamente ocupados, *entretenidos en las actas del concurso á la vacante silla magistral de la Iglesia católica*, según la famosa frase de don Gervasio Antonio de Posadas, glosada irónicamente por el maestro Juan Agustín García.

Y así combatiremos contra los que pretendan poner vallas á las ideas nuevas, que yo, por mi parte, declaro no he de esgrimir, en lucha estéril, mis armas contra el partido radical, contra quien no me mueve ningún encono y á quien conceptúo una respetable fracción del pueblo.

Al entrar en esta Cámara el 7 de Abril, cuando aquel augural despertar de energías, saludé á sus representantes, en quienes veía colaboradores para la obra futura de derogación

de leyes anacrónicas y de sanción de otras nuevas que velaran por la salud física y moral de los ciudadanos.

Hoy, con mayor razón, señor Presidente, saludo al vencido en la noble lid, diciéndole que reconozca en nosotros una gran fuerza, que respete nuestra victoria y que, juntos con nosotros por ahora, se preparen á ser contralor permanente de la inversión de los dineros del pueblo y á combatir el régimen tributario que nos legaron gobiernos personales, ajenos por completo á los intereses colectivos.

Saben bien los señores diputados que nuestro triunfo no es fruto de una *sinistra conjuración*, y que nuestro partido no es «una secta de extranjeros, antipatriótica, enemiga sistemática del bien común»; frases inocentes, nacidas en un momento de ofuscación, y de las cuales yo no responsabilizo á los colegas radicales, porque eso significaría inferirles un verdadero agravio.

Nuestra acción es patriótica; no nos desvinculamos del país para marchar en pos de la utopía.

Tierra la nuestra en plena formación, con elementos heterogéneos, razas distintas, recibiendo á diario el aluvión humano, necesitamos la fuerza de cohesión para formar el alma nacional, y para eso, señores, todo egoísmo y todo aislamiento ha de resultar contraproducente. Necesitamos asimilar las fuerzas, concentrar todas las energías, materiales, intelectuales y morales, para que de la fusión surja el tipo vigoroso, fuerte y nuestro. (*Aplausos.*)

Se ha afirmado con razón—lo ha afirmado Ricardo Rojas, autor de *Restauración nacionalista*—que es preciso el contingente del mundo para realizar nuestra obra nacional, porque ya no se puede concebir á la patria dentro de la civilización moderna sino como fuerza de solidaridad y de armonía.

La patria no es para nosotros una frase sonora y sin sentido. Recibir la herencia que nos legaron los próceres que por su esfuerzo nos dieron libertad y no hacer nada por ella, cristalizándose en la ciega admiración de los hombres, es una torpeza. Nos entregaron un legado, y menester es, no sólo conservarlo, sino mejorarlo.

Por eso, porque queremos una nacionalidad vigorosa, y siempre mejor, propiciamos leyes de seguridad social que aseguren la alimentación del pueblo; que atenúen la fatiga de la larga jornada; que proporcionen mucho aire y mucha luz para la vivienda de los pobres, que es causa indubitable de alcoholismo, de tuberculosis y de delito; leyes que velen por la integridad física y moral de los futuros ciudadanos; que cuiden de la obrera que va á ser madre, ordenando el reposo que dispo-

men las legislaciones de pueblos civilizados; leyes que establezcan salas-cunas para los niños pobres, porque es un deber de la sociedad hacer que las madres obreras amamenten á sus hijos, ya que la lactancia natural no debe ser reemplazada; leyes que reformen el sistema impositivo anacrónico y por el cual se grava lo más indispensable para la vida, dejando libre de gravamen el privilegio; reformas, todas estas, que elevarán las condiciones de vida de los que trabajan, proporcionándoles positivas ventajas y arraigándolos así más al país. (*Aplausos.*)

Es necesario renovar constantemente la patria, para que no se detenga y empequeñezca; y así lo entienden los más grandes estadistas de los pueblos cultos, la Inglaterra, por ejemplo, donde después de aplicada la ley de retiros obreros, de revisada la legislación agraria, de establecido el minimum de salario para ciertos obreros y de discutido el presupuesto más revolucionario, el gobierno declara por boca de mister Asquith y de Lloyd George que todas esas reformas no son sino las primeras páginas del gran libro de justicia social que debe escribirse.

Renán decía: «Somos franceses por las grandes cosas que juntos hicimos en el pasado.» Renán tenía razón, señores, porque la Francia había deslumbrado al mundo; porque la grandes ideas menester era que pasaran por Francia para después repercutir por todo el orbe; pero nuestro pasado, si glorioso, es modesto y á veces caótico, y por eso tenemos que encontrar la fuerza propulsora de nuestro patriotismo, no en el pasado, sino en la visión grandiosa de nuestro futuro. Digamos entonces: «Somos argentinos por las grandes cosas que juntos haremos en el porvenir.» (*Aplausos.*)

¿Y cómo realizaremos esa actividad colectiva? Por el esfuerzo mancomunado de nativos y extranjeros arraigados á nuestro suelo. Combatir á los extranjeros es retardar el progreso, es perpetuar el desierto, que se insinúa por todas partes. Ellos ya han cooperado en nuestra obra, incipiente, vinculándose á la tierra y trayendo elementos étnicos y procedimientos técnicos y políticos indispensables para la transformación de nuestra democracia. Abramos, pues, las puertas y demos garantías á los que entran, ya que ellos vendrán á elaborar con nosotros la patria grande que soñamos. El Oeste de la gran República del Norte se ha llenado de pueblos nuevos, porque ella, á más de las riquezas de su suelo, daba las garantías de una buena política, daba leyes que dignificaban el trabajo y facilidades para la adquisición de la tierra.

Imitemos su política; miremos menos al pasado y más al porvenir; borremos toda declaración de guerra al extranjero y

atraigamos á los trabajadores, no artificialmente, por la acción oficial, sino con la seducción de grandes garantías de seguridad, á fin de que con su labor, unida á la nuestra, tengamos paz, civilización y democracia.

Los reyes de España, dice Alberdi, nos enseñaron á odiar bajo el nombre de extranjero á todo lo que no era español; los libertadores, á su turno, nos enseñaron á detestar bajo el nombre de europeo á todo el que no había nacido en América; aquel odio se llamó lealtad; éste patriotismo. Alberdi reconoce que en su tiempo esos odios fueron resortes útiles y oportunos, pero que hoy son preocupaciones aciagas á la prosperidad de estos países.

La aversión al extranjero, agrega, es barbarie en otras naciones; en Sud América es algo más, es causa de ruina y de disolución de la sociedad de tipo español.

Elaboremos con el extranjero pensamientos y pasiones colectivas y marcharemos en pos del progreso, solidarizando á los hombres y organizando las fuerzas obreras, que son una garantía del engrandecimiento nacional. Y por eso somos patriotas, señor Presidente, dentro de la más profunda convicción socialista.

Las nacionalidades constituidas y definidas, dijo un ilustre camarada francés, entran en el internacionalismo con su carácter, con la fuerza de sus elementos tradicionales. Y agregaba: en el internacionalismo, las naciones no son árboles que flotan arrastrados por la corriente; son árboles robustos, que echan fuerte raigambre adhiriéndose al suelo y extendiendo su poderoso ramaje para recoger la claridad de todos los soles y los estremecimientos de los soplos venidos de todos los puntos del horizonte.

Yo, señores, que soy argentino antes que internacional, quiero que mi patria asimile todas las fuerzas, para que de esta heterogeneidad de elementos que nos hace meditar sobre nuestro porvenir, surja al fin la raza fuerte y generosa, física y psicológicamente superior.

He creído oportuno hacer estas declaraciones para dejar constancia bien clara y definida de mi pensamiento respecto de este momento histórico, que conceptúo trascendental para el porvenir político de nuestro pueblo. Sigamos, señores diputados, las orientaciones de la nueva política y saludemos á los representantes surgidos del comicio libre como á los iniciadores de esta época feliz para la patria.

He terminado. (*¡Muy bien! ¡Muy bien! Aplausos.*)

Justicia militar argentina

Interpelación al ministro de Guerra

REFORMA DEL CÓDIGO

(Sesión del 17 de Enero de 1913)

MINUTA DE COMUNICACIÓN

La honorable Cámara de diputados, de acuerdo con el artículo 68 de la Constitución, resuelve invitar al señor ministro de Guerra para que concurra á la sesión del lunes próximo á dar explicaciones:

Primero: respecto de los castigos no autorizados por el Código de Justicia Militar que se aplican en el regimiento 6.º de ingenieros.

Segundo: respecto del estado de higiene de las prisiones del regimiento 4.º de infantería.

A. L. Palacios.

SR. PALACIOS.—Pido la palabra.

Perdura todavía la impresión dolorosa producida en el pueblo de la República por la condena del conscripto Enriquez.

El joven soldado, en cumplimiento de su deber, y lleno de ilusiones, abandonó el hogar tranquilo y honesto para venir á Buenos Aires á vestir el uniforme de la patria, que creía iba á dignificarlo y enorgullecerlo, pues tenía la profunda convicción de que en los países democráticos los ejércitos no eran siniestras cuevas de esclavitud, sino escuelas, donde predominaba sobre todos los sentimientos el alto sentimiento del honor.

Desgraciadamente, los que han intervenido en el proceso Enriquez se han encargado de ratificar con su obra nefasta la afirmación temeraria y absurda del famoso conde de Mun, repudiada por todo el pueblo francés: «*El ejército debe estar organizado al revés de la democracia.*»